

Proponemos para los subsidios de la CAAM de este año 2009, tomar alguna de las 19 preguntas del Sínodo sobre la Palabra de Dios en la Vida y Misión de la Iglesia, e intentar darle respuesta a través de algún artículo de autores reconocidos que aborden el tema.

Pregunta 3 del Sínodo: ¿Cómo educar a una escucha viva de la Palabra de Dios, en la Iglesia, para toda persona y a todos los niveles culturales?

Dimensión sacramental del anuncio de la Palabra

Introducción

Sin ninguna duda, en las últimas décadas se ha producido un gran despertar bíblico entre los católicos. La lectura de la Biblia va dejando de ser algo reservado a nuestros hermanos de las otras Iglesias o grupos cristianos. Prueba de esto es la multiplicación de ediciones católicas de la Biblia en todos los idiomas y más concretamente en castellano. Además se multiplican los círculos y encuentros de iniciación y reflexión bíblica.

Sin embargo, el entusiasmo inicial por la lectura de la Biblia se transforma no pocas veces en una especie de decepción. “Yo leo la Biblia pero no la entiendo”: esta es una expresión que suele estar en labios de personas muy sinceras y llenas de buena voluntad. Como consecuencia, a menudo se abandona aquella lectura.

Hay que reconocer que la Biblia no es un Libro fácil. No lo fue nunca y tampoco lo es ahora. En mayor o menor grado a todos nos pasa lo que le sucedió a aquel funcionario de la reina de Etiopía que volvía de Jerusalén leyendo al profeta Isaías: “¿Cómo lo puedo entender, si nadie me lo explica?”. Una traducción inteligible es muy importante y es lo que se ha intentado con la versión realizada en nuestro país, titulada “El Libro del Pueblo de Dios”. Pero no basta. Necesitamos que nos inicien y nos guíen en la lectura de la Biblia. O sea, que nos hagan entrar en el mundo de la Biblia, que fue escrita -sobre todo el Antiguo Testamento- en épocas y ambientes tan distintos de los nuestros.

Entonces, ¿será la Biblia sólo para “iniciados”? Sí y no. No, si entendemos por “iniciados” a una minoría selecta con muchos conocimientos intelectuales. Sí, si nos referimos a una iniciación por lo menos elemental, semejante a la que se necesita para manejar un automóvil o desempeñarse en cualquier trabajo.

De todos modos no se trata de oponer una lectura científica de la Biblia a otra llamada espiritual. Por supuesto, lo importante es en último término descubrir el mensaje siempre actual de la Biblia y su aplicación a nuestra vida: “¿Qué nos dice Dios aquí y ahora a través de esos viejos textos de otros tiempos y lugares?”. Precisamente, para lograr esto como es debido, no queriendo hacer decir a la Biblia lo que nosotros queremos que diga, se hace necesaria una suficiente iniciación. De lo contrario, los textos de la Sagrada Escritura pueden confundirnos y hasta desconcertarnos. Incluso, pueden llevarnos a conclusiones completamente gratuitas y fantasiosas, cuando no contrarias a la verdadera fe. Es lo que sucede con algunas sectas tan extendidas en todas partes.

Hay que leer la Biblia en la Iglesia

La Sagrada Escritura debe leerse en la Iglesia. En realidad, la destinataria de la Biblia es la Iglesia, y cada uno de nosotros lo somos en la medida que formamos parte de ella y estamos animados por el sentido “eclesial”. Apartarse de ese sentido acarrea siempre grandes riesgos. “Tengan presente, ante todo -nos advierte san Pedro en una de sus Cartas- que nadie puede interpretar por cuenta propia una profecía de la Escritura”. No basta llenarse la boca con citas de la Biblia: hay que entenderlas correctamente.

Por eso, la Iglesia recomienda que los textos bíblicos estén acompañados de notas aclaratorias que faciliten su lectura y salgan al encuentro de las dudas más comunes que suelen existir. Asimismo, son muy útiles las introducciones generales a los diferentes Libros Sagrados y las que se intercalan dentro del mismo texto. En la traducción argentina se ha dado especial importancia a estas

introducciones, como un medio de aprovechar mejor toda la riqueza contenida en la Palabra viva y eterna.

Cómo leer la Biblia y por dónde empezar

Normalmente, un libro se lee comenzando por la primera página y terminando por la última. Se puede, pero no es así como conviene leer la Biblia. Recordemos que más que un libro es una biblioteca. Y una biblioteca no se lee del primero al último libro de cada uno de los estantes. Existen muchas propuestas elaboradas por biblistas y estudiosos sobre posibles órdenes de lectura, sobre todo buscando un hilo conductor en la historia de la salvación, atravesando la creación, la elección de un pueblo, la liberación de la opresión, la palabra profética, la llegada de Jesucristo, su ministerio, su obra, su mensaje, su pasión, su resurrección, la venida del Espíritu Santo y la vida de la Iglesia.

Eso facilitará, sin duda, una primera lectura bíblica. Es verdad que todo lo que está en la Biblia es Palabra de Dios, pero no todo lo es con el mismo grado de importancia. Hay muchas genealogías, prescripciones rituales, detalles geográficos o repeticiones que, a primera vista, pueden resultar tediosos y faltos de interés. Por otra parte, no todos están en condiciones de leer toda la Biblia, así como no todos los alimentos son para todos los estómagos.

Por supuesto, una forma privilegiada de lectura es el orden establecido por la Iglesia en sus tres ciclos litúrgicos. Resulta muy útil -como algunos ya lo hacen- leer previa o posteriormente los textos correspondientes a cada domingo. Esto vale sobre todo para los tiempos fuertes, a saber, Adviento, Navidad, Cuaresma y Pascua. No olvidemos que entre la Biblia y la liturgia hay una relación tan estrecha que las hace inseparables

¿Y bastará leerla?

De ninguna manera. Nunca se insistirá bastante en que hay que acercarse a la Sagrada Escritura con espíritu de fe. Y la fe es un don de Dios que es necesario implorar constantemente. De ahí que la oración debe acompañar habitualmente la lectura de la Biblia. Así se entabla el diálogo entre Dios y el hombre. A Él le hablamos cuando oramos, y a Él lo escuchamos cuando leemos su Palabra, afirmaba en el siglo IV el gran obispo san Ambrosio.

Sólo el Espíritu de Dios, que está y permanece en nosotros, puede darnos la luz interior que nos permite penetrar en el sentido de los textos bíblicos. De otra manera no podríamos comprender debidamente lo que Dios quiere decirnos. “El Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi Nombre les enseñará todo y los introducirá en toda la verdad”, leemos en el Evangelio de san Juan. Sin el Espíritu, la Palabra escrita resulta letra muerta.

“Hablar con Dios es más importante que hablar de Dios”, decía san Agustín. Y un gran pensador de nuestro siglo asegura: “Toda espiritualidad bíblica, judía o cristiana, está basada en la oración. El hombre bíblico es un orante, sea ante el Muro de los Lamentos o en las sinagogas, en los templos cristianos o en la celda de un convento”. En la oración podemos rumiar la Palabra de Dios, como María -la hermana de Lázaro- sentada a los pies del Señor.

¿Es mejor leerla solos, o en grupo?

Las dos formas son buenas, pero ninguna excluye la otra. Tal vez lo ideal sea que combinemos ambas, o sea, la lectura individual y la grupal. La primera puede ayudarnos a lograr una mayor concentración e intimidad con la Palabra. La segunda puede enriquecernos con las reflexiones de los demás y evitar ciertas falsas interpretaciones puramente subjetivas. De ahí la conveniencia de formar círculos de lectura bíblica con encuentros más o menos periódicos. Además del texto, deben leerse las introducciones y notas que facilitan su comprensión. Y no hay que contentarse con estudiar la Biblia. Los participantes deben tratar de descubrir la manera de llevarla a la vida. En cuanto a abrir la Biblia al azar para ver qué dice, puede ser útil a veces, con tal de que no se haga pensando hallar respuestas mágicas.